

RESEÑA DEL LIBRO

Reconsiderando el encuadre movable (en movimiento) en psicoanálisis: Su función y estructura en la teoría psicoanalítica contemporánea¹



SILVIA FLECHNER²

Este libro contiene una dedicatoria sumamente especial, por la cual considero importante comenzar: tal como plantean los editores, el libro está dedicado al fecundo trabajo de los psicoanalistas latinoamericanos que tanto han contribuido al desarrollo teórico y clínico de nuestra disciplina.

En él se explora la idea del «encuadre en un momento en que este concepto está siendo sometido a un renacimiento sistemático por un lado y una extendida transformación por otro» (p. 1).

Siempre ha sido atractivo considerar el encuadre como una característica estática y definible en el trabajo psicoanalítico. Básicamente, el encuadre establece las condiciones acordadas para emprender el trabajo clínico. Sin embargo, tal como lo muestra este libro, el encuadre ha adquirido una cualidad proteiforme y es a veces fuente de estabilidad y otras un lugar de regulación ética y de disciplina. Puede ser un lugar de movilidad imaginaria y, en manos de algunos analistas, un dispositivo para el trabajo psíquico en lo que concierne a sus proyecciones y desmentidas.

Comenzando por un ensayo esencial de José Bleger sobre el encuadre, el libro incluye comentarios sobre dicho trabajo y procede a la exploración del encuadre a través de las diferentes teorías psicoanalíticas. El encuadre es —tal como lo expresan sus editores— una de las zonas del

1 Tylim, I. y Harris, A. (ed.) (2017). *Reconsidering the moveable frame in psychoanalysis: Its function and structure in contemporary psychoanalytic theory*. Londres: Routledge.

2 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. silvifr77@gmail.com

punto de vista psicoanalítico en la que la psiquis y el mundo entran en contacto, un lugar en el cual el proyecto psicoanalítico se encuentra simultáneamente protegido y desafiado. Inevitablemente, las fuerzas extratransferenciales se entrometen en el encuadre psicoanalítico, volviéndolo flexible y fluido.

Tanto los psicoanalistas como los analizandos, supervisores y candidatos confían cada vez más en las comunicaciones virtuales, un desarrollo sobre el cual se han efectuado revisiones significativas a partir del concepto clásico de encuadre. Este libro presenta un diálogo entre voces diferentes, reexaminando el estado y el estatus del encuadre, buscando sus límites, así como también tamizando sus inesperados contenidos y expandiendo su significado.

Los autores que han sido invitados a expresar su pensamiento sobre el tema plantean nuevas preguntas y formulaciones, renovando así las formas de pensarlo. Algunos de ellos presentan y discuten en forma bastante radical elementos ideológicos y sociales a través de los cuales el encuadre ha quedado influido e implicado.

Estos trabajos resultan altamente constructivos por destacar —entre otros puntos de vista— la importancia del uso del encuadre en el análisis de pacientes particularmente difíciles, altamente traumatizados y con una organización primitiva de su psiquismo.

La primera parte de este libro está referida al encuadre; en particular, a José Bleger y su obra.

Historizando los movimientos que ha producido la obra de José Bleger, nos encontramos que en 1957 escribía sobre la sesión psicoanalítica utilizando la hipótesis de Pichon-Rivière, planteando la sesión como un «espiral dialéctica» tejida entre las asociaciones del paciente y las interpretaciones del analista. Un tiempo después, David Liberman y sus colaboradores se refirieron al «contrato psicoanalítico», mientras que en 1962 Willy y Madeleine Baranger describieron la situación analítica como «campo dinámico».

El capítulo sobre la noción de encuadre escrito en 1966 se encuentra incluido en su libro publicado en 1967, *Simbiosis y ambigüedad*. Comprendiendo el carácter ambiguo del «núcleo aglutinado», que de acuerdo al pensamiento de Bleger es el modo de funcionamiento de la simbiosis, pudo así distinguir el encuadre de una forma particularmente útil: con su rigidez y su carácter repetitivo, el encuadre era así el lugar perfecto para el refugio de la ambigüedad. Bleger pudo escribir su texto sobre el encuadre porque se encontraba a su vez examinando la ambigüedad de la situación analítica, en la que, paradójicamente, el tema del encuadre aparecía más claramente.

Su estudio sobre el encuadre fue nutrido por su experiencia de trabajo con

grupos, especialmente como psicólogo institucional, a partir del hecho de que cada institución necesariamente implica la existencia de un encuadre implícito o explícito. Este es quizá uno de los aspectos más innovadores de su texto: considerar la relación psicoanalítica como una institución. Describe aquellas personalidades que tratan de organizarse a sí mismas sobre la base de la ambigüedad, a quienes ha llamado «personalidades ambiguas». Una de ellas es la «personalidad fáctica», organizada en torno al soporte de una institución o de una forma institucional. Tomando en cuenta que una parte de nuestras representaciones internas son internalizaciones de las instituciones a las cuales pertenecemos, el ejemplo más claro de ello es la familia.

John Churcher y Leopoldo Bleger han dedicado el capítulo introductorio a José Bleger y el encuadre psicoanalítico. Allí destacan que el encuadre es uno de los trabajos más conocidos de José Bleger. Publicado en 1967 en el *International Journal of Psychoanalysis* bajo el título de «Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico», fue publicado ese mismo año en español como un capítulo que integra su libro *Simbiosis y ambigüedad*.

Allí se describe el contexto del psicoanálisis argentino en los años cincuenta y sesenta. El trabajo de Bleger brinda un buen ejemplo del hilado a través del cual se ha ido conformando el psicoanálisis ar-

gentino. Los fundadores del grupo psicoanalítico argentino no estaban interesados solamente en la práctica psicoanalítica «clásica», sino también en su aplicación a problemas tales como las psicosis, las enfermedades psicosomáticas y las dificultades en el psicoanálisis de niños, así como también en el trabajo con grupos y con las instituciones. En los años de la caída de Perón, en 1955 y en el golpe militar de 1976, hubo un notable florecimiento de la vida intelectual y artística en Argentina, y el desarrollo del psicoanálisis no fue un fenómeno aislado.

Una influencia crucial en la principal corriente del psicoanálisis argentino y uruguayo entre los años cincuenta y setenta fue el trabajo de Melanie Klein y sus seguidores. El compromiso de parte de los primeros psicoanalistas argentinos en lo que se refiere a todos los aspectos de la práctica clínica del psicoanálisis fue una de las razones principales para la rápida adopción de las ideas de Melanie Klein y sus seguidores, tomando especialmente el concepto de identificación proyectiva, que pasó a ser una poderosa herramienta para posibilitarle al analista hacer interpretaciones que pudieran conducir el tratamiento por el camino de la simbolización y el trabajo psíquico.

Durante este mismo período, ha sido fundamental también el papel que tuvo Enrique Pichon-Rivière, psiquiatra de origen suizo-francés, quien fue de una

influencia formativa para José Bleger y sus contemporáneos. Pichon-Rivière y sus colegas desarrollaron métodos de tratamiento en forma grupal e institucional para pacientes psicóticos, así como también para pensar los grupos y las instituciones. Algunos de los conceptos de Pichon-Rivière están incluidos en el libro de José Bleger *Simbiosis y ambigüedad*; entre ellos, destacamos el concepto de vínculo.

Mientras tanto, la importancia del concepto de contratransferencia crecía fuertemente con Enrique Racker en Buenos Aires y Paula Heimann en Londres. Leopoldo Bleger y John Churcher sostienen la hipótesis de que la contratransferencia ha jugado un papel tan importante en el movimiento psicoanalítico argentino debido, entre otras cosas, a que este está conectado con la realidad cotidiana argentina, donde la política toca todos los aspectos de la vida, desde lo público hasta lo más privado. En este tipo de ambiente, la persona se ve forzada a intentar comprender qué es lo que la política trata de hacer con ella, debiendo así ser capaz de discriminar una posición propia.

La combinación entre la orientación clínica con la realidad política tal vez explique el fuerte interés expresado en aspectos «concretos» en el trabajo clínico; por ejemplo, el aspecto relacionado con la situación analítica, la sesión, el contrato, el encuadre. En 1957 Bleger escribió su

trabajo sobre «La sesión psicoanalítica» basado particularmente en la noción de Pichon-Rivière sobre el psicoanálisis como un proceso en espiral, en el que las interpretaciones sirven para abrir forzosamente el cerrado círculo de la compulsión a la repetición, así como también en el trabajo de Racker sobre la contratransferencia, el cual implica también una crítica a la noción de instinto planteada por el filósofo francés George Politzer en 1928.

Podríamos decir entonces que en 1957 el trabajo sobre la situación psicoanalítica visto desde una perspectiva dialéctica enfatiza la apertura al desarrollo y al cambio, mientras que el trabajo de 1967 sobre el encuadre se enfoca sobre la misma situación, pero desde una perspectiva vinculada a la compulsión de repetición, explorando desde este punto de vista con más claridad el funcionamiento del encuadre.

El capítulo de este libro dedicado al pensamiento de José Bleger es de una inmensa riqueza, abarca entre otros temas: el de la simbiosis, la indiferenciación y la posición *glischro-carica*, a partir de las palabras griegas que se refieren a viscosidad o adhesividad y el núcleo. Plantea así que dicha posición persiste en la adultez a través de lo que ha nominado «núcleo aglutinado», al cual refiere como equivalente al planteo de Bion sobre «la parte psicótica de la personalidad». A lo largo de la vida, este núcleo se mantiene alerta

para formar nuevas relaciones simbióticas, caracterizadas por identificaciones proyectivas masivas. Bleger argumenta que es este núcleo el que se deposita silenciosamente en el encuadre, permaneciendo escondido, no analizado, hasta la irrupción de alguna causa que lo vuelve manifiesto. Podríamos seguir aportando mucho más acerca de estos profundos comentarios, pero esto iría en desmedro de las referencias a otros autores que han colaborado en esta producción, y vale la pena conocer algunos de sus importantes aportes al tema del encuadre.

Así es que quisiera destacar algunas ideas expuestas en este libro por Haydée Faimberg, quien tituló su trabajo «José Bleger y su actual relevancia en su encuadre dialéctico». Comienza su trabajo planteándose la pregunta acerca de qué hace que un libro sea un clásico. Citando a Italo Calvino, quien escribió que un clásico es un libro que nunca ha terminado de decir aquello que tiene para decir, cada relectura de un clásico es un viaje —*voyage*— de descubrimiento como si se leyera por primera vez.

De esta forma, sostiene Faimberg que José Bleger es un clásico en relación con su pensamiento dialéctico. Por lo tanto, ella elige para su texto referirse al concepto de Bleger sobre encuadre dialéctico, reforzando la idea de la relevancia de sus propuestas en nuestros tiempos. Enfatiza lo particularmente cuidadoso que ha

sido en reconocer sus raíces, nombrando siempre a los autores. Vemos la posición de «no saber» —tomada de Marion Milner, Bion y Lacan— en acción, «enseñándonos en forma dialéctica a pensar», tal como lo expresa Haydée Faimberg.

Faimberg cita a Bleger:

Pensar es siempre un diálogo y su herramienta es la dialéctica, o más bien el proceso de pensamiento es dialéctico, tanto sea este conciente o no. Ser capaz de pensar... Significa ser capaz de tolerar lo desconocido, ser capaz de aceptar un quantum de ansiedad, ser capaz de plantear problemas y ser capaz de aceptar la eventualidad de tener que comenzar de nuevo, porque el pensamiento sistemático (dialéctico) es como Kronos: se come a sus propios hijos. (p. 41)

Pichon-Rivière ha llamado a esta función co-pensamiento, que significa pensar con alguien más, retomada en forma brillante por Bleger: la función de encontrar en nosotros una forma de pensar que nos «preocupe» (involucre).

Faimberg destaca en su capítulo las resistencias que generó en su momento con su teoría, asimilando el encuadre psicoanalítico a la institución en la cual un ritual obsesivo podría establecerse, cuyo único propósito sería, en palabras de Bleger, «asegurar la sobrevivencia del analizando», y a su vez ella misma agrega que

quizás también asegura la sobrevivencia del analista. El encuadre se torna así un ritual, con lo que Bleger sostendrá que se necesitará usar la lógica dialéctica para «diagnosticar» si el objeto de estudio —el encuadre en sí— solo asegura su sobrevivencia en lugar de facilitar la transformación psíquica, al decir del autor.

H. Faimberg se pregunta cómo tomarán las ideas de Bleger las nuevas generaciones que no lo conocieron personalmente; su muerte fue muy prematura. Dado el hecho de que su enfoque concierne a un área problemática diferente, en un nuevo espiral dialéctico, sería de gran importancia mantener su pensamiento. Reconocer este legado no pone en riesgo nuestra alteridad, ya que ha respetado siempre él mismo en su propio diálogo los caminos personales elegidos por nosotros, ayudándonos «a pensar aquello que ni siquiera sabíamos que estábamos pensando». Faimberg termina su capítulo planteando que Bleger fue el primero en abordar simultáneamente el problema de la ritualización del encuadre y la necesidad de mantenerlo estable. La solución que nos trae es la dialéctica de dos encuadres: este es para ella el concepto original para la *Aufhebung* (según la autora, este término podría ser traducido como «superación», y nos aclara que no debería ser traducido como «síntesis» si se quiere respetar el sentido que le dio el filósofo Kojève, que es el mismo que le da Faimberg y

el que ella piensa que le daría Bleger), un concepto que incluye simultáneamente la negación, abolición y preservación de un término, un término que se encuentra en un nivel superior, ya que, tal como sabemos, en la tradición Hegeliana *Aufhebung* constituye una operación en relación con el par dialéctico.

La segunda parte de este libro está dirigida a «Los modelos comparativos de la función del encuadre».

En esta segunda parte del libro, Lynne Zeavin, de Nueva York; Jon Tabakin, de Los Ángeles, California; Peter Goldberg, de San Francisco; y Anthony Bass, de Nueva York, nos traen aportes que enriquecen el concepto de encuadre desde diferentes puntos de vista.

En su contribución «El setting y el encuadre: Subjetividad y objetividad en la relación psicoanalítica», Jon Tabakin puntualiza que la concepción psicoanalítica sobre cómo organizar una relación terapéutica ha oscilado entre dos nominaciones diferentes: el setting y el encuadre, que generalmente son tomados como sinónimos. Tabakin explora la idea de que estos dos conceptos pueden referirse a diferentes aspectos. Según el autor, el encuadre connota estructura, mientras que la idea de setting estaría más bien referida a la relación psicoanalítica, distinguiendo así dos aspectos de la relación analítica —la estructura del encuadre y lo que da en lla-

mar la «atmósfera» del setting—. Plantea que la estructura es relativamente inmodificable, mientras que la atmósfera es a la vez duradera y cambiante en el proceso de formación. La atmósfera del setting reflejaría la vivencia perdurable de la interacción entre paciente y analista. Sostiene también que el setting nos mantiene en el presente, ya que debemos reevaluar constantemente la naturaleza de esta relación que está en permanente evolución.

El trabajo de Peter Goldberg se titula «Reconfigurando el encuadre como una estructura dinámica», y se enfoca particularmente en la dimensión orgánica del encuadre, el cual —como una viva piel— se irá ajustando a los microcambios del proceso clínico. Operando como una sensorialidad compartida, esta dimensión orgánica a la que llamará función de metaencuadramiento del encuadre se daría en el momento a momento en el que dicho trabajo tiene lugar, donde la estructura le da experiencia a la situación clínica percibiendo y detectando las situaciones. El encuadre no solo actuará como estructura hecha de compromisos prácticos y simbólicos, sino también como una membrana o barrera de contacto psicosensoresal, a través de la cual paciente y analista juntos pueden sentir la existencia de los objetos psíquicos y aquellos externos. Es a través de esta vía de metaencuadre que el encuadre opera como una membrana conductora, haciendo posible que los objetos psíquicos y

externos sean sentidos y experimentados como presencias actuales en el campo clínico. Goldberg dedica parte de este trabajo al rol del encuadre en la cura de acuerdo con las originales ideas de Bleger.

Centrándose en la idea de Bleger de que las partes primitivas y psicóticas de la personalidad se depositan en el encuadre y lo inmovilizan, el autor postula que esta propuesta es crucial en relación con la función de holding dentro del encuadre, tal como Winnicott (1960) la describió. Según el autor, Winnicott describió esta función del encuadre al describir, por ejemplo, que si para el paciente no psicótico el diván simbolizaba el regazo de la madre, para el psicótico este es el regazo de la madre. En suma, Goldberg propone un modelo de encuadre analítico que funcionaría como una estructura dinámica, utilizándose para variadas funciones que están en constante reconfiguración.

Anthony Bass en su trabajo «Cuando el encuadre no se ajusta a la imagen» plantea que cuando Freud (1913/1959) expuso sus recomendaciones sobre la técnica psicoanalítica, planteó que habían ciertas «reglas de juego» que podían parecer meros detalles, pero adquirirían importancia al conectarse con todo el plan de juego. Sostiene que, cien años después, podemos observar que el psicoanálisis no se sostiene en el vacío, sino que ha evolucionado en un medio cultural, social e intelectual particular. Aparecen nuevos

marcos de referencia que se aplican a la realidad física —en referencia a la física contemporánea y a las teorías de campo— y realidades psíquicas —reflejando una variedad de relaciones entre dos personas, así como de perspectivas interpersonales—. Según Bass, Freud desarrolló su teoría en un tiempo y lugar en el cual la autoridad del analista era tomada de forma diferente, quizás menos ambivalente. Los padres eran vistos como autoridades absolutas para el «niño/paciente» ideal, y había, además, una expectativa prescrita. La capacidad de negociar las reglas de manera apropiada enfatizando el campo intersubjetivo de la experiencia no fue entendido ni valorada como lo es hoy en día. Ha observado que los diferentes valores, sensibilidades y formas de entender el proyecto psicoanalítico generan diferentes realidades, marcos alternativos y otras formas de nuestro quehacer. Afirma que cada analista construirá su propio mapa concordando con su visión particular, guiando su trabajo de acuerdo con su conjunto de intenciones guiadas en forma personal.

La tercera parte de este libro está dirigida al encuadre, la cultura, la política y el terror.

Stephen Hartman, de Nueva York; Yolanda Gampel, de Tel Aviv; y Janine Puget, de Buenos Aires, toman temas tales como el terror, el terrorismo, la violencia para referirse al tema del encuadre.

Stephen Hartman escribe el capítulo titulado «Cuando encuadramos» haciendo referencia a que prestamos nuestra pericia en casi todas nuestras interacciones privadas, tratando de ser conscientes de nuestros propios terrores: fantasías primitivas, secuelas de los percances del desarrollo o traumas transgeneracionales transmitidos. Aclara que no todos los terrores se refieren al pasado personal de una fantasía originaria, sino que aparecen también los terrores sociales, refiriéndose a aquellos que son de origen colectivo, ya que cuando emergen de las sombras, atacan a cada uno de nosotros en forma masiva.

Los terrores sociales y políticos como el del 11 de setiembre (referido a las Torres Gemelas, en Nueva York) se agregan a la práctica discursiva que confeccionamos, llamada el encuadre, para protegernos a nosotros mismos, a nuestros pacientes, así como también a la integridad de nuestro trabajo, reflexionando sobre múltiples registros de experiencia nunca formulados.

Sostiene que el terror social aparece como un intruso más que como un elemento constitutivo de la sesión psicoanalítica. Para este autor, el terror puede ser intrínseco a varios aspectos del ser humano, pero el terrorismo social y político es difícil de ubicar en la interacción entre uno y otro, debido a que es virtualmente difuso.

Al referirse a la estructura y función versus el terror, Stephan Hartman en este interesante capítulo hace referencia a la

situación en la cual el terror emana desde las instituciones de Estado —tal como ha sucedido en la dictadura argentina de 1976 a 1983—, cayendo nuevamente en una lógica estructural de las instituciones. Cita a J. Puget (2002), quien dice que «se adopta una lógica causal, basada en falsas hipótesis, sostenida por valores éticos perversos que promueven acciones corruptas» (p. 145), con una estructura que promueve la fantasía regresiva. Con esta lógica —que no importa cuán perversa sea—, la historia nos demuestra que el terror reúne un tipo de estructura predecible.

Sostiene que la historia nos provee de un referente del cual el terror carece, haciendo referencia a dictaduras, segregación racial (Apartheid), SIDA o Donald Trump. Los eventos históricos como estos son recordados por nosotros por tener un origen que nos estructura a cada uno, en el encuentro con ellos, en nuestra propia experiencia vivida; estos eventos fueron confusamente polimorfos e imposibles de precisar. La memoria social es para el autor infinitamente inestable, a la búsqueda de una estructura unificadora.

Bajo estas circunstancias, el analista trabaja con la posibilidad de reconocer las defensas contra el terror, así como uno podría hacerlo cara a cara con las fantasías primitivas. Las defensas atravesarían entonces el campo interpersonal yendo hacia el campo psicoanalítico profesional, volviendo nuevamente al campo interper-

sonal así como lo hacen los estándares que estructuran nuestra práctica.

Cuando el analista reconoce al otro aislado en estado de «dolor social», al decir de J. Puget, Hartman hace referencia a la posibilidad de abrir el espacio para la creación de los lazos que ayudarán a resolver este problema; cita a su vez a Rogelio Sosnik, quien afirma que este enfoque agrega una dimensión social para la creación de la subjetividad.

El autor nos plantea que, a través del terror, el ciudadano se vuelve un vehículo, transformándose en un miembro de la sociedad en riesgo. Dicha penetrante sensación de riesgo se mezclará entonces con un pavor innombrable.

Para finalizar, expresa que los espacios abiertos, tales como las comunidades online, florecen con un acceso infinito y son usualmente vistos con sospecha por muchos psicoanalistas que prefieren —siendo aun un tratamiento online— tener un encuadre tradicional, a pesar de las nuevas formas generadas por espacios potenciales online que podrían proveer mejores ciberencuadres, los cuales tenemos que pensar relacionados a la experiencia del terror en el espacio psicoanalítico.

Con el advenimiento de Internet, dichos espacios abiertos describen un esfuerzo para impregnarnos del hacer con otros, a través de Internet. Al usar computadoras y encontrarnos con un código abierto, nos encontramos en espacios

online donde existe una enorme movilidad psíquica y lugar para la creatividad. Para ello, tendremos que dejar de lado las críticas hacia Internet, tales como ser un elemento de aislamiento social o tomar en cuenta solo su carácter adictivo.

Yolanda Gampel titula su trabajo «El encuadre como frontera en una variedad de encuadres-settings». En él, hace referencia a la diversidad de imágenes generadas por la muerte, convertidas en cuerpos descuartizados, emociones catastróficas que vuelven a la mente a modo de escenas no evacuadas, así como tensiones inscriptas a nivel corporal. Estos elementos nos asustan, apurándonos a establecer cierto orden artificial.

Por ello, Freud desarrolló un encuadre que establece ciertas constantes, cuyas fronteras hacen posible el despliegue del proceso analítico, tanto para la mente del analista como para el analizando. En 1912, Freud establecía la importancia de las fronteras con el desarrollo de la «cura por la palabra» (the talking cure). A pesar de no haber usado la palabra encuadre, los autores psicoanalíticos que se refieren a dicho término lo hacen mencionándolo como «el método tradicional de Freud». Gampel se refiere al encuadre en forma general como el marco que promueve el desarrollo del análisis. Para la autora, el encuadre protege a los dos participantes en sus posiciones vulnerables, circunscribiendo un ámbito donde dos personas pueden es-

cuchar el pensamiento del otro, compartiendo los sentimientos y movimientos del inconsciente. Cuando lo desconocido o lo no pensado —los fantasmas, según Bleger (1967), o los residuos radioactivos, según la propia autora— emergen, revivirán experiencias traumáticas, rompiendo el encuadre y la continuidad del proceso. Estos desmoronamientos abren la posibilidad de incorporar aquello que ha quedado como inaccesible dentro de los pensamientos y sentimientos del paciente, restaurándose dentro del encuadre psicoanalítico.

La autora resalta que comenzó a escribir este artículo en 2015, mientras tenía en mente su trabajo en contextos culturales diferentes, así como también en condiciones políticas, sociales e históricas diferentes. Mientras tanto, sucedieron numerosos hechos difíciles, y sintió que ella perdía ambos: el marco de sus reflexiones sobre el trauma colectivo o social y el encuadre de su propio trabajo psicoanalítico. La sucesión de dichos eventos se convirtió en un trasfondo indiferenciado, mientras que al mismo tiempo adquiría la forma de un solo evento que sabíamos que continuaría a pesar de que su naturaleza y localización podría sorprendernos. Citando a Deleuze (1987), señala que sería como que dichos eventos hubiesen cambiado el significado y la función, volviéndose parte de la vida; lo que se estaba experimentando significaba más sobrevivir que vivir. Citando al filósofo francés Alain

Badiou (2005), Gampel nos expresa que el evento es un momento de exceso, una invasión completamente impredecible de lo extraordinario, diferenciándolo de la situación. En este sentido, plantea que no pueden ser simplemente olvidados y colocados fuera de la mente. La masacre de Charlie Hebdo en París, los disturbios políticos y la violencia en Israel, la llamada «crisis de los refugiados» —el gran número de personas huyendo de la guerra, el terror y la persecución, buscando un futuro mejor en Europa— han generado una ola increíble de solidaridad de parte de la sociedad, pero al mismo tiempo han desencadenado un intenso debate sobre la política de seguridad en las fronteras. Esta crisis, tal como lo refiere Gampel, ha contribuido a que reemerjan debates sobre los límites, tales como las líneas de demarcación de la autoridad, la ley y la identidad, pero, por sobre todo, llevó al cierre de las fronteras externas y al mismo tiempo a un desafío de las fronteras internas. Posteriormente a ello, las cuchilladas comenzaron en Jerusalén, demostrando que algunos incidentes pueden llevar a levantar muros y dividir la ciudad. Mientras, el 13 de noviembre de 2015 a las 22:30 de la noche, en París se produjo un tiroteo en masa en el teatro Bataclan. Estos eventos han alimentado y se han alimentado de la pérdida del sentido de la racionalidad.

La autora trae numerosos ejemplos clínicos de diferentes situaciones que se

inscriben en el análisis personal que realiza acerca del encuadre, desde el trabajo con un grupo de refugiados a través de Skype en tiempos de guerra, hasta los problemas que surgen a partir de las situaciones anteriormente planteadas dentro del consultorio.

Sostiene que la invitación a participar en este libro se torna un marco de discusión con numerosos puntos de vista, materiales clínicos sobre el valor, la necesidad, la inestabilidad o la evolución del encuadre. Para la autora, sería imposible comprender al individuo, la familia o las crisis institucionales sin tomar en cuenta una cultura que se encuentra también en crisis.

Janine Puget titula su trabajo «Revisitando el concepto de encuadre». Su trabajo se enfoca en las contribuciones de los psicoanalistas argentinos para la comprensión de la relación entre analista y analizando en un encuadre tradicional de análisis individual, familiar, de pareja o grupal.

Según J. Puget, la deconstrucción de la noción de encuadre permitió adoptar el concepto de «dispositivo», que incorpora el campo social y toma en cuenta múltiples elementos que se encuentran en juego en la relación psicoanalítica. Se hizo evidente que había una diferencia entre interactuar consigo mismo en presencia del analista —una interacción en la que el analista es visto como un objeto de la transferencia—

e interactuar con otro y otros, lo cual incluye al analista como sujeto. Esta toma de conciencia marcó un quiebre con el encuadre psicoanalítico referente tradicional. Como consecuencia de ello, las prácticas terapéuticas que sustituyeron la noción de encuadre por la de dispositivo se ubicaron por fuera del psicoanálisis.

La noción de vínculo (link), sin embargo, fue gradualmente incorporada al vocabulario psicoanalítico y recibe diferentes definiciones, dependiendo del marco teórico que la sostiene.

J. Puget plantea que el mundo ha cambiado con el nacimiento del psicoanálisis, aunque a veces aún deseamos mantener en nuestra práctica diaria algunos de los valores que llevaron a Freud a formular la noción de encuadre y la regla de abstinencia, preguntándose cómo podemos tener en cuenta los nuevos valores que están siendo incorporados a diario y los nuevos modos de comunicación.

Plantea que es necesario darse cuenta de que algunos de los problemas entre psicoanalistas surgen a partir de obstáculos en la coexistencia intergeneracional planteados por diferentes formas de pensamiento, así como de la interacción con la tecnología. Las generaciones más jóvenes se han tornado más tecnófilas a favor de la conectividad, mientras que las generaciones mayores continúan pensando en forma lineal, causal, en términos más asociativos. La superposición de

estas lógicas divergentes genera nuevos problemas y desafíos para los psicoanalistas, extendiéndose a familias e instituciones. Las generaciones más jóvenes son poseedoras de información que les es desconocida a los mayores, una disparidad que constituye un verdadero desafío. Sumado a estas transformaciones, agrega que, en la mayoría de los países, el psicoanálisis se vio afectado por su popularización, lo que lo convirtió en un obstáculo y generó que algunos conceptos perdieran su significativo poder o fueran usados en contextos tan diferentes que han dejado de tomarse en cuenta con respecto a la complejidad de las relaciones humanas.

J. Puget se pregunta qué es necesario para analizar hoy en día, planteando que se requiere que el analista sea capaz de tomar en cuenta una variedad de factores que afectan la relación entre analista y analizado. Dejamos el campo de la lógica binaria para entrar en un campo de multiplicidad. Esta transformación ha socavado los fundamentos esenciales del psicoanálisis, que se han vuelto imperceptiblemente abiertos al cambio, a pesar de estar reforzados con hipótesis ad-hoc. Cuando se multiplican excesivamente, tal como lo ha planteado Kuhn (1962), las hipótesis terminan debilitando el núcleo de nuestras teorías. A pesar de los intentos de preservar el sabor original del psicoanálisis, los desarrollos tecnológicos y culturales han vuelto imposible la verdadera ortodoxia.

Por ejemplo, la habilidad del paciente de googlear a los analistas ha cambiado para siempre la natural privacidad del consultorio y del analista.

En este artículo, J. Puget hace también una breve descripción del psicoanálisis en Argentina citando a pensadores tales como Pichon-Rivière, Bleger —cuyas ideas se han difundido gracias a que fue traducido al inglés y al francés, y al trabajo de Silvia Amati (1992) basado en sus ideas—, W. y M. Baranger —que situaron la relación analítica dentro de lo que han llamado el campo dinámico psicoanalítico, en el cual el analista entra en un profundo compromiso con el paciente, también con respecto a la noción de bastión³ (baluarte)—. De manera similar a Bleger, los Baranger se han vuelto más conocidos en Francia debido a la traducción parcial de sus escritos; sin embargo, sus ideas no se han expandido en la comunidad analítica de habla inglesa, a pesar del hecho de que algunos de sus trabajos han sido publicados en el *International Journal of Psychoanalysis*. J. Puget cita en este trabajo a nuestra colega Beatriz de León de Bernardi, quien ha publicado su trabajo

en 1999 en el *International Journal*, donde analiza profundamente las ideas de los Baranger. Racker y Grinberg son también tomados en cuenta por el concepto de contratransferencia y la noción de contraidentificación proyectiva.

Posteriormente, el trabajo de J. Puget (1986) con grupos, familias y parejas le ha permitido tomar en cuenta el estatus del otro, enunciando su alteridad, por lo que no puede ya ser reducido a objeto. El otro es el sujeto de un vínculo. Fallando la identificación, dará lugar a la dinámica de las relaciones de poder; en ese sentido, ella les dio una importancia significativa a aquellos aspectos de la relación que son irreductibles al mundo interno y pueden ser entendidos solamente como un espacio singular. Berenstein y Puget (1997) llamaron a este espacio lo vincular, o el espacio de los vínculos.

Define así la relación entre dos sujetos, cada uno de los cuales es irreducible a sí mismo. La alteridad del otro o los otros limita las posibilidades ofrecidas por los mecanismos de introyección y proyección. Por lo tanto, se necesitará definir la relación analítica y el encuadre de una forma diferente. La relación entre dos personas siempre excede lo que un sujeto unitario puede guardar.

Para J. Puget, la revolución tecnológica, las relaciones sociales regidas por las leyes del mercado, las guerras fratricidas, los inevitables efectos de la corrupción

3 En el original: «The Spanish baluarte refers to a type of fortification, projecting from the main walls of a fortress, which enables the defenders to hinder an attack on the main structure by firing laterally on the attackers. It has sometimes elsewhere been translated as "bulwark"».

abierta y latente, la institucionalización de más y diversos dispositivos, la comprensión de los efectos extremos de la ultraobjetiva y ultrasubjetiva violencia (como la ha llamado Balibar, 2010), así como la emergencia de nuevas microguerras en todo el mundo, han llevado a algunos colegas a preguntarse qué hace que un tratamiento sea un psicoanálisis. ¿Es acaso la frecuencia de las sesiones, la abstinencia, así como también lo que entendemos por abstinencia? ¿Es acaso lo que hacemos cuando estamos con nuestros pacientes? ¿Es el medio que usamos para conseguir experiencia psicoanalítica? ¿Puede esta última ser definida por el contacto con el inconsciente o por algo más?

La autora se responde a estas preguntas diciendo que lo que define al psicoanálisis no es más que la habilidad para acceder a la experiencia analítica, la noción de experiencia adquiere aquí un rol significativo. Además, para J. Puget el psicoanálisis implica la toma de conciencia de que cada experiencia es única y no es totalizadora del mundo en que vivimos.

Al incluir la corrupción como uno de los elementos que forman nuestra subjetividad social, da por sentado que de alguna forma y dependiendo de las circunstancias, voluntaria o involuntariamente estamos en contacto con cierto grado de corrupción.

Concluirá planteando que confirmar una identidad, tanto sea de un sujeto, un

grupo, una familia o una pareja, proporciona un sentido de solidez que nos puede entrapar. Este falso sentido de solidez impide la curiosidad, el deseo de saber, la sorpresa, el desconcierto y todo el resto de las reacciones que facilitan la emergencia de alternativas que enriquezcan el vínculo con la vida.

La tercera parte del libro está dedicada a las variaciones en el encuadre. Claudio Eizirik, de Porto Alegre, Brasil, ex Presidente de IPA, titula su trabajo «Desarrollos contemporáneos y desafíos en la formación psicoanalítica y su práctica». En este capítulo, el autor destacará en primera instancia ciertas características de la práctica analítica contemporánea a partir del hecho de que los institutos de formación tienen como objetivo proporcionarles a los candidatos la experiencia en la práctica psicoanalítica para prepararlos en su trabajo como psicoanalistas. En segundo lugar, examinará aspectos específicos del análisis, la supervisión, las instituciones psicoanalíticas, así como también sus desafíos, los cuales considera altamente relevantes en este interminable proceso de desarrollo y esfuerzo para mantener una identidad analítica.

Se pregunta si los pacientes que tratamos han cambiado, planteando que desde 1980 comenzaron a aparecer referencias concernientes a cambios en los pacientes en análisis, y surgieron nuevas descripciones que contrastaban

con las clásicas de Freud con respecto a los pacientes neuróticos. Un ejemplo de ellos son las investigaciones de Kernberg con respecto a los pacientes fronterizos, así como los estudios de Marty en relación con la psicósomática, tal como lo ha descrito Marilia Aisenstein (1989/2014), nuevas enfermedades del alma (Kristeva, 2002) o perversiones con J. McDougall (1983); Green describe y sugiere enfoques posibles para estructuras no neuróticas.

Todas estas contribuciones indican que la práctica contemporánea incluye nuevos tipos de pacientes, mientras que simultáneamente surgen más preguntas que respuestas. ¿Son estas, acaso, nuevas patologías o son simplemente nuevas versiones de las estructuras descritas por Freud y sus contemporáneos?, se pregunta el autor.

¿En qué medida los cambios culturales alientan lo que ha sido descrito como la modalidad líquida o hipermodernidad, contribuyendo a plantear nuevos tipos de patologías? De acuerdo a su propia experiencia, C. Eizirik encuentra una predominancia de pacientes neuróticos, así como también están presentes los desórdenes de la personalidad; son pocos los pacientes descritos por los autores anteriormente nombrados. Sostiene que la mayor diferencia entre nuestra práctica y la del pasado parece ser el hecho de que no aceptábamos a estos «nuevos» pacientes para análisis o no teníamos los

recursos disponibles que actualmente poseemos para lograr un contacto emocional con ellos.

C. Eizirik agrega un comentario más. Dice que a lo largo de estas últimas dos décadas hemos hecho un descubrimiento: la vejez existe y la mente y la angustia de la vejez resultan ser una nueva área de estudio y tratamiento psicoanalítico. Toma en cuenta una variable que no ha sido considerada: el ciclo de vida de los pacientes y analistas atraerá a algunos pacientes de acuerdo a si somos más o menos abiertos a una escucha analítica apropiada.

El autor se refiere a los tres modelos de formación con los que cuenta la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA, por sus siglas en inglés), así como el tema de la frecuencia de las sesiones, planteando que hoy en día es menos frecuente ver pacientes de cuatro o cinco sesiones por semana, tal como sucedía años atrás. Muchas razones se han reunido para que esto suceda, incluyendo problemas financieros, resistencias, las grandes distancias en centros urbanos, las dificultades del analista para proteger el encuadre, la competencia con métodos terapéuticos de menos sesiones, la moda actual de favorecer un menor contacto y un tratamiento más rápido. Se pregunta entonces si un tratamiento de dos veces semanales podría ser considerado análisis. Parece insuficiente, para definir un

tratamiento como psicoanalítico o no, basarse solamente en el punto de vista de la frecuencia. Sería importante considerar también si hay un proceso psicoanalítico en marcha, si la neurosis transferencial ha sido establecida, si aparecen sueños o si el campo analítico se ha establecido, así como también observar si hay cambio psíquico y si el analista ha desarrollado y establecido su identidad psicoanalítica y la experiencia suficiente como para comprender el trabajo con sesiones de menor frecuencia.

C. Eizirik analiza en este mismo sentido el uso del diván, el tema de los honorarios, etc. Se centra también en un punto interesante y desafiante hoy en día que es el tratamiento a distancia, por teléfono o Skype, o utilizando otras formas de comunicación virtual. Reconocemos que cada vez más los pacientes y también los analistas se comunican vía mensaje de texto o Whatsapp, en lugar de utilizar la contestadora telefónica, ahora ya obsoleta. De la misma forma, más y más imágenes, videos, grabaciones en Iphone o iPad son traídas a la sesión y forman parte del setting moderno de hoy en día. Para el autor, es importante e incluso indispensable que el análisis incluya un período o períodos de tratamiento en persona, como forma de que el método desarrollado pueda proveer las condiciones de un óptimo setting.

Otro punto remarcable de este trabajo está referido a la pregunta sobre

la construcción del analista. C. Eizirik se pregunta si los analistas son construidos o se construyen a ellos mismos. Cita aquí un poema, «El trabajador de la construcción», del autor brasileiro Vinicius de Moraes (1960), el cual describe al trabajador de la construcción creciendo en su realización, en sus circunstancias particulares, adquiriendo en el proceso la noción de construirse a sí mismo como persona. Explica que no cree en la idea de un analista construido, sino más bien en el proceso continuo y siempre incompleto de un analista en construcción. Sin embargo, apunta a las fluctuaciones entre los estados mentales donde podemos sentirnos más o menos construidos o sentirnos bajo permanente construcción (Eizirik, 2012).

Al referirse al análisis personal, C. Eizirik plantea el consenso que existe con respecto a que el elemento principal para la formación es el análisis personal del futuro analista, y se pregunta si acaso es siempre este el caso. Nos dice que en su propia experiencia y la de colegas cercanos, podría afirmar que existen aproximadamente dos grandes grupos de pacientes que transitan por la formación; el primero consiste en un grupo de pacientes que busca un tratamiento para sus propias necesidades personales y sus sufrimientos emocionales, los cuales luego de cierto tiempo a lo largo del tratamiento o luego de varios años de análisis perciben el deseo o la motivación de realizar la forma-

ción analítica. En general, para este grupo la formación es un período de su análisis, que continúa luego de finalizar los procedimientos institucionales hasta completar el proceso analítico. Para estas personas, la formación es un encuentro accidental en el análisis. El segundo grupo está formado por personas que buscan la formación como primer y principal propósito, a pesar de reconocer la existencia de dificultades emocionales. Generalmente hay un elemento de urgencia o presión dentro de este tipo de análisis, en el cual el paciente finaliza tan pronto como haya alcanzado los requerimientos institucionales. Existen numerosas razones aparentes para que esto suceda: el costo, la distancia, las demandas familiares, etc. No sería honesto generalizar, pero según la observación del autor, el primer grupo demuestra contener a aquellos analistas que poseen una identificación más cercana con la función e identidad analíticas.

A partir de este punto, C. Eizirik nos devuelve la pregunta que merece una importante atención: ¿Por qué Freud tuvo la curiosa idea de recomendar reanalizarse cada cinco años? El autor tiene la impresión de que el reanálisis no es algo común entre los analistas, y sugiere que hay una dificultad para seguir siendo agudo y permanecer al día en nuestro campo si no tenemos la humildad de realizar lo que Freud refirió como una purificación psicoanalítica periódica.

Con respecto a las instituciones psicoanalíticas, nos dirá que un elemento que puede estimular o desestimar la identidad psicoanalítica está relacionado con el clima institucional que predomina en cada sociedad o institución. Se pregunta hasta qué punto el pensamiento crítico e independiente es bienvenido, hasta qué grado los procedimientos y reglas se tornan una especie de fetiche que debe ser obedecido porque sí, hasta qué punto el clima institucional estimula a los futuros analistas a participar en sus actividades ofreciéndoles dar sus opiniones o, a la inversa, los mantiene tímidos y en temeroso silencio que solamente podrá romperse luego de muchos años e infinitos encuentros posteriores.

C. Eizirik no comparte la idea de mantener el análisis de los futuros analistas solamente en manos de analistas didactas o miembros titulares. Que esto implique que tengan más experiencia parece ser, según el autor, una excusa insuficiente. Plantea que muchas veces, cuando se debe realizar el pasaje del análisis satisfactorio con un miembro asociado a un analista didacta debido al deseo de iniciar la formación, se puede interrumpir despiadadamente una relación analítica que venía desarrollándose muy bien, mientras que en otros casos el cambio puede resultar beneficioso. C. Eizirik se refiere largamente también al tema de la supervisión. Un estudio realizado en los

institutos de formación en Alemania (Nagell, 2014) ha identificado cuatro estilos de supervisores: el defensivo-controlador, el pragmático, el orientado hacia la relación y la experiencia, el facilitador y sostenedor. Mientras que por el lado de los supervisandos se vería el estilo fóbico y de evitación, abierto-interesado, auténtico e investigador, reservado- adaptativo. Estos modelos parecen ser muy útiles cuando pensamos en la experiencia de supervisar a colegas más jóvenes. Para finalizar su trabajo, toma el punto de devenir y mantenerse como psicoanalista, planteando su punto de vista personal, que implica como elemento central los subsecuentes años de vínculo con la experiencia clínica, la acumulación de horas de trabajo psicoanalítico, así como también la acumulación de éxitos y fracasos en el tratamiento con pacientes. La habilidad de compartir los cambios psíquicos del paciente, la capacidad de expandir su mente, así como la capacidad de amar, sentir y trabajar colaboran para reforzar la creencia (de acuerdo a Bion) en nuestro método.

Harvey Rich es de Washington, Estados Unidos, y pertenece a la Asociación Psicoanalítica Americana. Titula su trabajo, rememorando una novela de Charles Dickens, «Historia de dos ciudades», debido a que su vida ha transcurrido en dos ciudades: Washington y París. Durante cuarenta años ha vivido en Washington y los últimos catorce lo ha hecho en Pa-

ris. Trabaja por teléfono con pacientes que viven en cualquier ciudad, sin estar presente. Sus pacientes tienen sesiones regulares, siempre a las mismas horas, y es él quien modifica su agenda seis horas para adelante o seis horas para atrás, y aclara que, lógicamente, no es lo mismo trabajar telefónicamente que hacerlo en el mismo espacio que el paciente.

Rich eligió no usar Skype para no tener que sentirse atado a una cámara durante todo el día y también porque en el psicoanálisis tradicional el paciente no mira al analista. Si bien nos plantea abiertamente que no es lo mismo trabajar telefónicamente que en persona, no está de acuerdo con los colegas que plantean que eso «no es realmente análisis». Plantea que el análisis telefónico es tan diferente como analizarse tres sesiones o cinco sesiones, diferente si el paciente está recostado en el diván o sentado, diferente si el paciente realiza un análisis condensado. Plantea que es simplemente diferente.

Rich plantea que el encuadre es para los dos casos el mismo, la postura tradicional de la sesión psicoanalítica es recreada telefónicamente. El paciente no ve al analista, mientras que el analista es libre de utilizar su atención flotante. El encuadre se expande permitiendo a las dos partes incluir el hecho de un espacio colaborativo, requiriendo un nivel mayor de desarrollo psicológico. Se encontró que los pacientes fronterizos, así como otros

con estructuras de carácter histérico u otras formas severas de psicopatología, no funcionaban bien con este encuadre. Sin embargo, aquellos individuos con estructuras elevadas de desarrollo psicológico se adaptaban muy bien.

Plantea la diferencia entre el saludo en Francia, donde los pacientes son saludados con un apretón de manos al principio y al final de la sesión, y en Estados Unidos, donde la tradición es la de no tocar al paciente. Por teléfono, es saludado con un simple «hola».

Cuando lo llaman de diferentes partes del mundo para solicitarle análisis telefónico, Rich plantea la necesidad de que en algún momento el análisis se torne presencial, como forma de solidificar la alianza. Da por supuesto que es mejor comenzar con un análisis presencial; esto se debe a la imagen del analista que el paciente se llevará en su mente.

En este tipo de análisis, la voz tiene variaciones sutiles con las cuales uno puede sintonizar telefónicamente con el pasar del tiempo. Si bien esto produce fatiga para quien escucha, a través del teléfono el paciente debe tener conciencia de la presencia del analista, lo cual requiere que este realice algún sonido ocasional; ello depende del flujo de asociaciones que provienen del paciente. El famoso «ajá» o «mmm» funciona, sostiene Rich. Piensa que el uso —hoy en día universal— de la tecnología, tanto del teléfono como de

Internet, acorta las grandes distancias en tiempo y espacio. Para finalizar, dirá que el teléfono es solo otro instrumento de comunicación, el arte de su uso es la manera en que es utilizado como forma de contacto e influencia.

Luca Caldironi es un analista italiano perteneciente a la Sociedad Italiana de Psicoanálisis y también a la Sociedad Psicoanalítica Americana. Su trabajo se titula «Psicoanálisis y ciberespacio: Encuadres cambiantes y cuerpos flotantes». En este trabajo, el autor se pregunta si el instrumento analítico que inevitablemente habita nuestro «mundo cambiante» puede tornarse un observador crítico de los cambios de los cuales es a su vez parte. Sostiene que debemos aceptar el desafío; esto no significa simplificar la cuestión, sino mantenernos dentro del margen de la paradoja, de la ambigüedad e indefinición que siempre caracterizó el trabajo con el inconsciente.

Plantea que lo que es seguro es que transitamos por un proceso irreversible; de la misma forma que se pasó antiguamente de la palabra a la escritura, hoy en día nuestros medios de aprendizaje y comunicación tendrán necesariamente que lidiar con ello.

El autor introduce el concepto de *corpus*, o cuerpo, en su expresión más amplia; puede ser un cuerpo teórico, tecnológico, experiencial de texto; es así que el cuerpo se encuentra a sí mismo en un estado

central, con todas las expresiones diversas posibles. Los psicoanalistas somos muy conscientes de la importancia de este concepto desde los inicios del psicoanálisis, pero se pregunta: ¿Cuál es este cuerpo con el cual lidiamos? Sostiene que no estamos hablando del cuerpo anatómico-biológico, sino de un cuerpo pulsional en el cual la palabra *Trieb* es usada para describir ese salto que va del cuerpo al cuerpo-mente.

Plantea a su vez el establecimiento de un espacio diferenciado, una suerte de cesura o límite que aparece entre lo que llamamos intrapsíquico y lo intersubjetivo, un límite que tiene su propio espesor dentro de los límites del trabajo analítico, volviéndose límite y contenido al mismo tiempo, ya que tiene un espacio dentro que está establecido por la diada paciente-analista y que encuentra en el encuadre un significado particular reflejado en el encuadre interno del analista (concepto también trabajado por Alcira Mariam Alizade de la Asociación Psicoanalítica Argentina, pero desde otro punto de vista muy diferente).

Según el autor, el concepto de encuadre interno es particularmente importante cuando se habla de realidad virtual y nuevas tecnologías. Con esto no devalúa el encuentro y encuadre analítico en sí, sino que recalca cómo debemos confrontarnos a nosotros mismos hoy en día con una realidad cambiante y con un proceso progresivo de «desmaterialización» a nivel de las relaciones.

Hoy en día sabemos que a través del ciberespacio podemos acceder a una variedad increíble de información sobre cualquier tema, podemos también interrumpir el flujo moviéndonos en cualquier momento, pasando de páginas web a videos y todo tipo de redes sociales. El autor se pregunta si acaso este procedimiento cambia también el escenario analítico. El mundo del que tenemos una idea y que estamos viendo en nuestros consultorios está girando rápidamente. Todo se acelera y, examinando más a fondo, los «objetos» que se han vuelto parte de nuestras sesiones se están tornando más y más tangibles. La intrusión, por ejemplo, de objetos tecnológicos que los pacientes ocasionalmente traen —tales como los celulares para mostrarnos un texto, los sonidos y las luces provenientes de los dispositivos— crean una hiperestimulación permanente de los sentidos, que no necesariamente colaboran con la simbolización; de hecho, generalmente la inhiben. Esto debe hacernos reflexionar sobre la diferencia que hay entre conexión, que no es lo mismo que contacto.

Para concluir, el autor propone que como analistas es fundamental mantener nuestra actitud crítica, una función que puede ayudarnos a definir —o intentar hacerlo— aquello que está sucediendo en la sociedad de hoy en día. De hecho, plantea que el consultorio no es solo la compleja historia emocional del paciente

que se actualiza, sino que es también una buena representación de la complejidad de la mente en sí y cómo esta funciona en general. El autor plantea que nos percatamos de que esto es solo el inicio de un proceso en el cual todos los seres humanos estamos profundamente inmersos. La pérdida de un encuentro individual físico, la confusión entre mundos internos y externos, las relaciones adictivas con separaciones que han sido eliminadas por la conexión constante son riesgos, mientras que por otro lado están también las oportunidades que estos nuevos «mundos» nos ofrecen y que, además, son imposibles de aquietar. Lo mejor que podemos hacer es contenerlos, cuando contener significa también explorar y aceptarlos como cualquier otra experiencia.

Mónica Horovitz nació en Buenos Aires. Es miembro titular de la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP) y de la Sociedad Psicoanalítica Italiana. Su trabajo es «Turbulencias psicoanalíticas en el ciberespacio». En él se pregunta cómo enfrentamos los cambios cuando amenazan con abrumarnos y llevarnos a lo desconocido. ¿Evitando la pregunta? Ese fue su primer impulso; estuvo tentada a tranquilizarse retirándose en lo que Baranger y Baranger (1961) han llamado bastión, obstruyendo así la curiosidad sobre el cambio y las nuevas formas de subjetividad, así como los síntomas y sufrimientos que han sacado a la luz las nuevas tecnologías.

Negamos así nuestra dificultad para mantener una actitud psicoanalítica, en referencia a nuestro encuadre interno, abierto a los sueños y los pensamientos aun sin un pensador, proyectándolos en los que creemos que no saben acerca de la especificidad de nuestro método psicoanalítico.

Plantea que Bion (1965/1984) dice que todo cambio es una experiencia catastrófica, en el sentido de su etimología griega, que significa «inversión». La inversión del sentido, la visión del sentido, de las cosas y del mundo requiere que nos enfrentemos al dolor, a la soledad y al miedo. Según la autora, estos sentimientos surgen de la desorientación producida por el temblor que le deviene al yo. El único camino hacia el crecimiento psíquico es no negar el cambio catastrófico que destruye el estado psíquico preexistente y se abre a los pensamientos que están en las sombras del futuro.

Se pregunta cómo debemos definir el cambio de nuestra experiencia corporal en los límites de la realidad si el encuentro de los cuerpos se torna superfluo en un mundo virtual que aniquila la fuerza impuesta por la unidad psicósomática. ¿Qué será del destino del cuerpo en la mente como experiencia de verdadera intimidad en el ciberespacio? Para la autora, la experiencia vivida por el cuerpo es un aspecto fundamental de la emoción; conecta lo psíquico con lo somático, explícita que para ella la experiencia emocional sucede

más en el cuerpo que en las profundidades de los estados mentales.

Mientras que las nuevas tecnologías reducen la distancia espacial y las diferencias horarias entre las diferentes zonas, en algunos casos también privan el contacto con estados primitivos de la mente, estados a los cuales solo podemos estar abiertos en el tiempo fugaz del encuentro analítico. Nos plantea que, a su modo de ver, la forma de establecer y habitar el encuadre es parte de la función e identidad del psicoanalista porque preserva y delimita su compromiso —o sea, su encuadre—, ayudándolo a recuperar cosas aun cuando el no-proceso se vuelve un obstáculo amenazante: el encuadre en el que el no yo se deposita (Bleger, 1967) funciona entonces como una sirena.

Para la autora, nos encontramos enfrentados sutilmente con los problemas de los nuevos encuadres, entre la megalomanía y la claustrofobia, entre la agorafobia y los objetos transicionales, un mundo entero se abre para que la investigación psicoanalítica dé origen a nuevos brotes de pensamiento en el corpus de nuestro trabajo por venir. Cita por último a Bion (1963/1997), quien dijo que «a pesar de que tendemos a desplazar nuestras observaciones fuera de nuestro cuerpo hacia la esfera de la mente, el cuerpo no cesa de existir» (p. 44).

Por último, Velela Ceccoli, de Nueva York, titula su trabajo «Cambiando el con-

tenedor: Cultura psicoanalítica y ciberespacio». En él plantea que nuestra actual cultura de interconectividad virtual e información instantánea ha virado el concepto de encuadre psicoanalítico, forzándonos a repensar aquello que los pacientes saben de nosotros y cómo influye este conocimiento en la relación analítica, dado que tienen un conocimiento a priori sobre nosotros. La cultura del ciberespacio ha producido cambios ya en la forma en que muchas personas buscan ayuda; muchos prefieren tener sesiones por Skype o FaceTime, o incluso por mensaje de texto o e-mails, con lo que el espacio donde se lleva a cabo el tratamiento ha cambiado de la privacidad del consultorio a la computadora o la pantalla.

La autora plantea que con el advenimiento de estos avances tecnológicos, el psicoanálisis debe cuestionarse problemas conceptuales tales como el encuadre del tratamiento, incluyendo la actual moda cultural y generacional, ya que ambas se entrelazan y modelan la percepción, la experiencia y la estructura de la mente. Argumenta sobre un encuadre psicoanalítico fluido y ensamblado interactivamente dentro de un espacio transicional que puede adquirir muchas formas y configuraciones, siendo aun así continente y seguro.

Plantea que la ideología cultural impacta en cada generación nuevamente, propulsando una evolución a partir de la anterior, creando una adaptación neu-

robiológica actualizada al evolucionado contexto cultural y social. Para la generación actual, la tecnología se ha tornado la fuerza cultural predominante; Internet y las redes sociales están cambiando la forma de pensar, de sentir y de actuar de las personas. Las redes sociales han vuelto borrosos muchos límites en nombre de una mayor conectividad, generando una fusión entre lo personal y lo público. Para la autora, la colisión entre la cultura del psicoanálisis construida en torno al modelo freudiano y la tecnocultura actual afecta fuertemente la forma de pensar y conducir hoy en día un tratamiento, demandando una reevaluación de algunas de las premisas psicoanalíticas básicas, y la noción de encuadre sería una de las primeras.

Nadie podría negar que la forma en la que nos comunicamos y nos relacionamos con otros se ha reconfigurado y se sigue diseñando en acuerdo con las ofertas tecnológicas de los dispositivos, así como el uso que les damos. El propio lenguaje se ha visto reducido, reacomodándose, y todo esto ocurre ahora, sin pausas, como un flujo constante que hace que el propio tiempo se vuelva borroso. La radiodifusión se ha vuelto para algunos una forma de vivir —una forma de validar sus acciones y existencia, así como también un medio de estar conectado—. Al considerar Internet y las nuevas tecnologías como una zona de juego, podemos verlas como proveedoras potenciales de oportunidades para jugar.

Los espacios virtuales podrían ser lugares donde uno es y al mismo tiempo no es; se puede ser anónimo o tomar otra identidad, se puede estar a distancia o cerca.

Este quizás sea uno de los problemas del ciberespacio y su fluidez; lleva a explotar todos los marcos, permeabiliza los límites e ignora las fronteras, y queda entonces solamente uno mismo y aquello que uno quiere ser y hacer.

Según la autora, como psicoanalistas debemos adaptarnos y asimilar las demandas que nos impone la tecnología mediante la consideración de su potencial como un espacio transicional entre la experiencia intrapsíquica de nuestros pacientes y la dinámica intersubjetiva que cobra vida con la relación analítica virtual o encarnada. Sostiene que hemos llegado a un momento de nuestra historia en el que el modo de comunicación ha comenzado a dictar los términos en que debemos comunicarnos.

Considera que el encuadre psicoanalítico en la era de la cibertecnología se encuentra ante la necesidad de expansión para permitir las ilimitadas posibilidades contenidas a través de la relación psicoanalítica. La revisión de la técnica y el encuadre no es solamente necesaria, sino que también es fundamental para que el tratamiento psicoanalítico conserve su relevancia a través de las generaciones, marcando la complejidad de la experiencia e interacción humanas. ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Aisenstein, M. (2014). Abordagem psicodinâmica do paciente psicossomático. En C. L. Eizirik, R. W. Aguiar y S. S. Schestatsky (org.), *Psicoterapia de orientação analítica: Fundamentos teóricos e clínicos*. Porto Alegre: Artmed. (Trabajo original publicado en 1989).
- Amati, S. (1992). Ambiguity as the route to shame. *International Journal of Psychoanalysis*, 73, 329-334.
- Badiou, A. (2005). *Being and event*. Londres: Continuum.
- Balibar, E. (2010). *Violence and civility: On the limits of political philosophy*. Nueva York: Columbia.
- Baranger, M. y Baranger, M. (1961). The analytic situation as dynamic field. *International Journal of Psychoanalysis* 89, 795-826.
- Berenstein, I. y Puget, J. (1997). *Lo vincular: Teoría y clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Bion, W. (1984). *Transformations*. Londres: Karnac. (Trabajo original publicado en 1965).
- (1997). *Taming wild thoughts*. Londres: Karnac. (Trabajo original publicado en 1963).
- Bleger, J. (1967). Psychoanalysis of the psychoanalytical frame. *International Journal of Psychoanalysis*, 48, 511-519.
- Deleuze, G. (1987). *Criba e infinito*. Disponible en: www.webdeleuze.com/php/texte.phpcde
- Eizirik C. L. (2012). O analista em construção. *Febrapsi Notícias*, 14(46), 4-6.
- Freud, S. (1959). Further recommendations in the technique of psychoanalysis: Recollection, repetition, and working through. En S. Freud, *Collected Papers* (vol. 2, pp. 366-376). Nueva York: Basic Books. (Trabajo original publicado en 1913).
- Kristeva, J. (2002). *As novas doenças da alma*. Río de Janeiro: Rocco.
- Kuhn, T. (1962). *The structure of scientific revolution*. Chicago: University of Chicago Press.
- León de Bernardi de, B. (1999). *Un modo de pensar la clínica: Vigencia y perspectivas del enfoque de W. y M. Baranger*. Buenos Aires: Lumen.
- Mc Dougall, J. (1983). *Em defesa de uma certa anormalidade: Teoría e clínica psicanalítica*. Porto Alegre: Artes Médicas.
- Moraes, V. (1960). *Antologia poética*. Río de Janeiro: Autora do Autor.
- Nagell, W. et al. (2014). Research into de relationship experience in supervision and its influence on the psychoanalytical identity formation of candidate trainees. *Psychoanalytical Inquiry*, 34, 554-558.
- Puget, J. (1986). Identidad del psicoterapeuta de grupo y coordinador de grupo desde su marco referencial teórico-clínico. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, 92(2), 125-133
- (2002). The state of threat and psychoanalysis: From the uncanny that structures to the uncanny that alienates. *Free Associations*, 9, 611-648.
- Winnicott, D. W. (1960). The theory of the parent-infant-relationship. *International Journal of Psychoanalysis*, 41, 585-595